

Extraído del dossier sobre Marosa di Giorgio, preparado por Osvaldo Aguirre y Daniel García Helder para *Diario de poesía* n° 34, 1995, p. 22

Diadema

Estoy a favor de los recitales de poesía, aunque a veces puedan resultar aburridos. Creo que vale la pena, en general, escuchar a los poetas leer sus poemas. Por eso sé que Marianne Moore parece estar sosteniendo una conversación social extravagante y encantadora, que Pound suena como un chino que no habla chino, que Eliot es una letanía de canto gregoriano, y suelo lamentar ocasionalmente que el largo brazo del progreso no haya llegado más atrás en el tiempo y me prive de escuchar, por ejemplo, el matiz prosódico que Emily Dickinson hubiera dado a sus poemas más incisivos. Nunca escuché a Marosa di Giorgio en vivo, nunca la vi y, si bien la leí y me habían llegado comentarios (siempre exaltados) de su interpretación oral de los poemas, la grabación del recital *Diadema* resultó para mí casi una sorpresa. Quiero decir que en cierto sentido alteró y enriqueció la lectura silenciosa que había hecho de sus libros: los cambios de voz, la entonación, el retintín entre oracular, irónico-pavoroso y de encantamiento que cobran sus versos dichos por ella misma eliminaron de mi cabeza todos atisbo de asociación que pudiera haber establecido entre su obra y casi cualquier otra tendencia de este siglo. Marosa suena como una síntesis, virtualmente sin edad, como una voz encerrada en el cuarto de juego de unos niños letrados y muy viejos, como una voz virtual, azogada muchas veces en el curso de la repetición de unas pocas anécdotas que constituyen un argumento único, un falso resumen, una especie de novela familiar gótica post freudiana, con reminiscencias de los cuentos de los hermanos Grimm.

La acumulación de adjetivos nunca me resultó más significativa que al escucharla enumerada por ella. Hasta los colores, exaltados como en la paleta de un pintor *fauve*, cambian de sentido según se los aplique a huevos, hongos, antonias que serían flores, mariposas que parecen de terciopelo y que parecen mujeres o bebés con plumas, ni varones ni mujeres, puestos allí para la violación, la devoración, la visitación. Nada es una sola cosa, y nada es binario. La voz de Marosa goza y enfatiza y se suspende cuando algo es, por ejemplo, celeste pero amarillo, cuando las vacas gimen como una mujer, cuando la gallina se detiene en el punto de luz de la tormenta y se le transparentan los huevos de muchos colores. Como en *Frankenstein* o en *Cumbres Borrascosas*, en los poemas leídos por Marosa escucho lo sobrenatural predominando sobre lo natural, lo extraño sobre lo cotidiano: el tam tam retumba por encima del dulce sonido del caramillo, aunque este no desafine y tampoco podemos dejar de prestar atención al runrrun de los insectos ni al grito petrificante de la lechuza, ni a los muertos que andan sueltos en la carne levísima de los hongos. Escucho, para decirlo de una manera que me gusta, a una mujer que explica "sentí terror y eso me volvió cruel". La voz llega más dulce y sensata en los remates, versos finales casi sedantes en el ritmo e irónicos en el sentido. Creo que en esta grabación el mejor ejemplo sería el de "La hija del diablo se casa", donde la protagonista se escapa de la casa para ir al casamiento de, precisamente, la hija del diablo, donde se sirven platos con escenas eróticas, nonatos aderezados y otras lindezas y abundan pezuñas entreabiertas e hímenes caídos, hasta que lo que cae es una chaparrón y la fugada vuelve a su casa. En ese punto Maros acota suavemente: "Mamá estaba fija en el mismo lugar haciendo el mismo encaje", y la madre agrega: "¿Qué hacés? ¿Andás por el jardín con estos aguaceros?" Como diría la misma poeta, con respecto a este casete, creo, "el deseo estuvo ahí servido".

Mirta Rosenberg